

cismos, 278 germanismos, ó 261 hispanismos. La lista de fuentes lexicográficas no italianas pasa por referencias como Robert o Larousse para el francés, Shorter Oxford o Webster para el inglés, Duden o Wahrig para el alemán o Coromines para el área ibérica.

No debemos olvidar hacer una referencia a las nuevas tecnologías de la información, que se encuentran tanto a disposición del usuario que a través del soporte informático del diccionario podrá obtener unos datos estadísticos con una facilidad y rapidez inconcebibles hasta hace tan sólo unos años, como a disposición de los autores, que se han valido de dichas tecnologías para obtener de forma concreta cifras y datos y compartirlos con otros colaboradores por medio de sistemas en red.

El mismo De Mauro supone que éste puede ser el último empeño lexicográfico que se ha servido de apuntes, notas y fichas materiales y a la vez el primero que ha explotado las ventajas de internet, del correo electrónico y de los nuevos discos ópticos cuya capacidad de almacenaje excede en muchos puntos a cualquier soporte en papel. Para el coordinador de este trabajo, estamos ante una nueva era en el mundo de la lexicografía, y este diccionario ha servido para inaugurarla en el área de la lengua italiana.

Javier RAMOS CASCUDO

José PORTOLÉS: *Marcadores del discurso*, Barcelona, Ariel Practicum, 1998, 160 pp.

El lingüista José Portolés, profesor del Departamento de Filología Española de la Universidad Autónoma de Madrid, viene publicando desde hace años diversos estudios monográficos, incluida la presente obra, sobre los llamados marcadores del discurso, unidades que en las gramáticas tradicionales, e incluso en algunas actuales de orientación estructuralista o generativista, han sido tan sólo enumeradas o pobremente descritas. En los últimos tiempos, estos elementos han sido objeto de numerosas investigaciones tanto en España como fuera de ella debido sobre todo al desarrollo de dos disciplinas: la Lingüística del Texto y la Pragmática. De los dos planteamientos, textual y pragmático, en el estudio de los marcadores, el autor se decanta, en este libro, por el pragmático pues le resulta más abarcador, aunque, no obstante, la propuesta de la Lingüística del Texto será también tenida en cuenta.

En la introducción del libro, por un lado, se hace referencia al marco teórico expresándose la intención de utilizar las diversas teorías que se han propuesto en los últimos años y que han resultado operativas para una mejor descripción y ejemplificación de los marcadores discursivos. Por otro lado, se subraya, convincentemente, la importancia de estos elementos en la enseñanza, tanto en L1 como en L2, puesto que, habitualmente, el docente corrige la propuesta incorrecta del alumno sin otro apoyo que la intuición lingüística. Esta circunstancia ha animado al profesor

Portolés a “procurar que las explicaciones teóricas se acompañen de las descripciones de los marcadores más habituales, de tal forma que, una vez leído el libro y si se utiliza el índice que aparece al final, se pueda emplear como obra elemental de consulta” (p. 13). Después de la declaración de intenciones se inicia el capítulo 1, en el que, bajo el título de “La Pragmática y los marcadores”, se presentan sucintamente las teorías de Grice (Principio de Cooperación, implicaturas, etc.), la Teoría de la Pertinencia de Sperber y Wilson y los conceptos de significado conceptual y significado de procesamiento de Blakemore, exponiendo que contrariamente a la explicación más tradicional, la comunicación no constituye únicamente un proceso de codificación y descodificación de enunciados, sino también una labor de realización de inferencias. Dentro de esta concepción de la comunicación el autor considera que los marcadores guían inferencias. A causa de ello sólo serán marcadores los elementos que no contribuyen directamente al significado conceptual sino al significado procedimental. Así pues, en la definición propuesta de marcador quedan recogidos estos principios: “Los marcadores del discurso son unidades lingüísticas invariables, no ejercen una función sintáctica en el marco de la predicación oracional y poseen un cometido coincidente en el discurso: el de guiar, de acuerdo con sus distintas propiedades morfosintácticas, semánticas y pragmáticas, las inferencias que se realizan en la comunicación” (p. 26).

En cuanto a las múltiples denominaciones que estas unidades han recibido, el autor desapruueba el empleo del término *conector*, como la tradición venía haciendo, pues afirma que no todos los marcadores conectan, dado que ha hallado cierta dificultad en encontrar este significado en ciertos elementos de esta clase de unidades (capítulo 2: “El discurso y los marcadores”). Efectivamente, parece más adecuado considerar como hiperónimo el término *marcador*, por ser el más neutro, y limitar el uso de *conector* para un tipo concreto de marcadores, como son, por ejemplo, los conocidos conectores argumentativos.

Otro punto importante que se desarrolla en el libro es el de las categorías gramaticales a las que pertenecen los marcadores (capítulo 3: “La gramática y los marcadores”). Aunque el criterio fundamental de la definición propuesta por el autor se base en la Pragmática y en la Semántica, tiene en cuenta también restricciones gramaticales como su carácter de “unidades invariables” y de “elementos periféricos en la predicación”, nociones que podrían servir para identificarlos como elementos similares a las conjunciones, los adverbios, las locuciones adverbiales, locuciones preposicionales, las interjecciones, etc.. Hasta ahora en los estudios sobre los marcadores del discurso no se aludía a su invariabilidad, limitándose sólo a mencionar la gran heterogeneidad gramatical que presentaban. Aunque, sin duda, resulte útil en general para la distinción de los marcadores, sin embargo, en determinados casos el criterio de invariabilidad no es suficiente pues cada marcador presenta distinto grado de gramaticalización, como resultado, según el autor, de un proceso evolutivo/diacrónico mediante el cual determinadas partículas dejan de formar parte de las categorías variables para integrarse en las invariables, experimentando cambios

no sólo en el plano morfológico sino también en el semántico. Así pues, en lo referente a la gramaticalización de los adverbios marcadores se subraya que: “proceden de una serie de sintagmas que, de una parte, van perdiendo sus posibilidades de flexión y combinación, y, de otra, van abandonando su significado conceptual y se especializan en otro de procesamiento” (p. 59). Sin embargo, cabría puntualizar que no todos los adverbios marcadores presentan flexión (véase *sí*), por lo que habría que especificar o concretar el tipo de adverbios al que Portolés se refiere. No obstante, se trate de adverbios, de interjecciones o de conjunciones, es importante señalar que en cuanto marcadores discursivos no se ajustan estrictamente en sus características a los de esas categorías gramaticales, y en definitiva, no forman una clase gramatical concreta.

En el capítulo 4, “Primeros instrumentos para el análisis semántico”, se expone el método utilizado para el estudio del significado de estas señales consistente en la “conmutación”, prueba que sirve para mostrar si la sustitución de determinados marcadores, supuestamente sinónimos, en un contexto concreto, produce cambios y/o restricciones. Tras presentar el principal método empleado para el análisis semántico, el autor, acertadamente, considera oportuno tener en cuenta el concepto de “efecto de sentido”, es decir, los valores que nacen de la relación entre el propio significado de los marcadores y su uso pragmático, ya que una incorrecta interpretación de esta noción puede conllevar confusiones funcionales.

En los siguientes capítulos, 5, 6 y 7 (respectivamente “Las instrucciones argumentativas”, “Las instrucciones de formulación” y “Las instrucciones informativas”), se examina el significado de los correspondientes marcadores, esto es, aquel significado de procesamiento que consiste en proporcionar las instrucciones semánticas que guían las inferencias. El autor detalla tres tipos de instrucciones que, según su criterio, no son las únicas, pero sí las que considera pertinentes para su descripción y clasificación: las argumentativas, las de formulación y las de estructura informativa. Así, para la explicación de las instrucciones argumentativas sigue rigurosamente los principios de la Teoría de la Argumentación de Oswald Ducrot y Jean Claude Anscombe, enumerando conceptos tales como: orientación y fuerza argumentativas, escalas, etc. Las instrucciones de formulación son las que se hallan en marcadores que presentan el miembro del discurso en el que se encuentran como una expresión más adecuada de lo que se pretendió decir con un miembro anterior. Y por último, aquellos marcadores, como por ejemplo *en primer lugar*, cuyo significado proporciona principalmente instrucciones referentes a la distribución de comentarios (que corresponderían a las respuestas a preguntas implícitas siguiendo el planteamiento de van Kuppevelt), serán los que se encarguen de la organización y estructuración de la información.

Tras haber señalado, en el capítulo 8, “El uso de los marcadores”, la distribución de los marcadores en textos escritos y en textos orales, así como haber hecho una breve referencia a las estrategias discursivas, Portolés, en el capítulo 9 y final, ofrece una clasificación de los marcadores del discurso teniendo en cuenta las ins-

trucciones seleccionadas. Sin embargo, ha de observarse que en dicha clasificación se incluye un nuevo tipo de marcador, el de control de contacto (*hombre, anda, oye, mira*, etc.), cuyas instrucciones no pertenecen a ninguna de las anteriormente estudiadas.

Ello no obstante, el libro que se reseña constituye, indudablemente, un instrumento ágil y sencillo de consulta que, además, pone de manifiesto la incipiente y cada vez mayor atención que se le está prestando a los marcadores del discurso, evidenciando la importancia del estudio de estos elementos dentro de la enseñanza de la lengua.

Ana L. MUNIZ DA CUNHA MORENO